

OTRAS RAZONES

IZQUIERDA SIN ALEGRÍA

Cuando la propiedad y el contrato son capitanes de la justicia y tenientes del orden público; cuando los galones de la riqueza determinan el estado civil; cuando los derechos adquiridos ponen coto a la libertad de acción pública; cuando la información y la opinión se someten a intereses empresariales entregados al favor del Poder; no hay más libertad que la de respetar lo establecido. Los partidos de izquierda, sin razón de ser, devienen palabrería de secta. Y el Estado no disimula, bajo sus casullas de litúrgica neutralidad, la parcialidad de sus administraciones y, menos aún, los doblegados cuerpos que las venisten, por altivos que los haga ser la ignorancia de la índole parcelaria de su actividad. El humanismo en la acción política es un rayo de luz que no emerge del activismo administrativo.

No hay un sólo partido que sea de izquierdas, pese a la rebeldía que afloran sus reivindicaciones frente a las injusticias de la desigualdad, porque no hay, ni puede haber, fuente de alegría general en los estancos de las esperanzas particulares. Donde la parcialidad no tiene cabida, en la conquista de las reglas de la democracia, nacerían los nuevos ideales dichosos de la izquierda política, si la hubiera. El respeto de todos los partidos a la propiedad y al mercado los hace a todos de derechas, porque todos han enterrado el estandarte de la libertad política. Sentir, con aleluyas de clase, la idea igualitaria de la vida obrera, frente a la visión parcialitaria de la vida capitalista, no impulsa ya a emprender con sano optimismo una acción política libertadora. Y sin alegría, la izquierda sólo puede ser mala conciencia de la derecha. Algo negativo indigno de gobernar. Pues nadie que no sea poeta o filósofo de la naturaleza —haga la parcialidad que haga— puede inundar los humanos con la alegría universal de la libertad.

Los hombres y mujeres que impulsan el activismo público en las sociedades de mercado, no pueden tener más satisfacciones, ni sentir otras alegrías, que las nacidas de su propia parcialidad. El personaje político no es distinto, en esto, del común. Pues todos sufrimos y gozamos por lo que hacemos o padecemos en el modo, necesariamente parcial, de estar en la vida. A diferencia de los creadores de grandes ideas o de raras bellezas, donde la alegría brota de su parcialidad tiende a confundirse con la alegría del universo, el hombre de acción en general, y el hombre de partido en particular, hacen de sus alegrías y satisfacciones forzosas tristezas y frustraciones para la otra faz de la moneda. Lo condenable, en ellos, no es su normal egoísmo parcialitario, sino su contumaz fabricación de ilusas esperanzas globales.

Se ha dicho mucho sobre el totalitarismo del Estado de partido único. Poco, sobre el partidismo del Estado de varios partidos. Y nada, sobre el inevitable parcialitarismo de todos los Estados dominados por el Mercado. Lo opuesto al Estado total no es el Estado liberal, una



utopía del pensamiento que jamás ha tenido encarnación en el mundo real; ni tampoco el Estado plural, una modalidad de la acción pública que otorga la libertad política, en exclusiva, a los partidos adueñados del poder constituyente; sino el Estado parcial, forma moderna de exaltar, con libertades políticas subordinadas a las civiles, la parcialidad del Estado, la imposibilidad de un Estado neutral en una sociedad plural. Las reglas de la democracia sólo pueden ser neutrales si garantizan la libertad política colectiva. Cosa que no ocurre, como sucede hoy, cuando los partidos huyen asustados de ella hacia el refugio del Estado, comportándose igual que los enemigos tradicionales de la libertad. Pues los discriminados sustentados en el Poder nunca la niegan en su propia parcialidad. Y sin libertad política indiscriminada, la alternativa a lo totalitario no puede ser lo democrático, sino lo parcialitario. Lugar donde la izquierda sin alegría se hace, por fin, de derechas.

Antonio GARCÍA TREVIJANO

CONCENTRACIÓN DEL PODER

¡Qué curiosamente escandalosa la situación de nuestro tiempo! Las palabras viajan por un sendero, los hechos a los que deberían corresponder avanzan por el contrario. Las contrapuestas cornitivas prosiguen impávidas su caminar, erguidas, orgullosas. Y ante este contradictorio desfile el hombre y la mujer —más el primero— se deja arrastrar, esquizofrénicamente, por ambas corrientes inversas. Acepta y repite, como verdades, las solemnes palabras y vive las realidades que las desmienten, sin percatarse de la contradicción. Los organizadores y beneficiarios del espectáculo sonríen satisfechos.

En la primera caravana se eslabonan grandiosos vocablos, como libertad, democracia, derecho, autonomía, pluralismo, igualdad de oportunidades, desarrollo colectivo. Describen un hermoso mundo. Ante él las mercaderías de la segunda, como no consisten en puras palabras sino en complejas y actuantes realidades, resultan más complejas para su descripción. Pero sintéticamente podrían representarse y enumerarse parcialmente en los siguientes términos: Control de la conciencias —a través de los medios de comunicación frente a la pretensión libertad—. Imposición de los más fuer-



tes —la OTAN, las grandes empresas, el Primer Mundo y en su interior los partidos privilegiados— frente a la democracia, el derecho, la autonomía. Pensamiento único y defenestración de las alternativas, frente al pluralismo. Crecimiento incesante en poder y riqueza de las minorías a costa de las mayorías, frente al mito del desarrollo solidario.

Así un aspecto en que hoy querría detenerme es el de la concentración, que estamos contemplando impasiblemente en los terrenos más variados. Y que falsea absolutamente toda la mitología de la procepción de palabras con que se adorna la política actual. Los teóricos de la democracia insistieron en la necesaria división de poderes entre el legislativo, el ejecutivo y el judicial, dentro de la estructura del Estado. Pero no es esta división entre poderes a la que voy a referirme sino a la destrucción del caca-reado pluralismo en los más importantes campos de la vida pública.

En primer lugar, en el terreno económico. Todos los días estamos asistiendo al espectáculo de las fusiones de las grandes empresas, financieras, industriales, comerciales. Fusiones rodeadas de un aire triunfal. El cliente y el pequeño empresario, el trabajador y el ciudadano si no son excesivamente ingenuos, no podrían compartir las rotundas sonrisas de los directivos que firman la fusión. Personalmente no creo en la sublimidad del mercado como la forma más alta de racionalidad y considero, a contracorriente de los tópicos, que una economía socialista, democráticamente dirigida resulta mucho más idónea para el desarrollo humano colectivo y personal. Pero, aun dentro de la mitología del mercado que se nos vende, ¿qué posibilidades quedan a la audaz iniciativa creadora, teóricamente tan exaltada por el capitalismo, en este círculo férreamente cerrado por el grupo de los cada vez más poderosos? ¿Y el derecho de los pueblos a autoorganizarse su producción? ¿El de los trabajadores para negociar y de los clientes para escoger? ¿La competitividad encomiada por el neodarwinismo social? La supuesta libertad de mercado se esfuma cuando sobre la arena sólo quedan los gigantes, imponiendo su ley. Es un cuadrilátero en que sólo pelean los grandes pesos. Y riñen un combate fingido, para repartirse las ganancias del espectáculo o acabar en nuevas fusiones.

Y cuando el fenómeno se desarrolla en el terreno de la cultura y la información, el efecto no puede ser más deletéreo. El best seller fabricado por ordenador —sea éste una máquina o un cerebro humano programado por el marketing para la cultura de masas— y la información manipulada interesadamente, bloqueando su libre y espontánea circulación, son las consecuencias. Mientras las pequeñas editoriales, que en nuestro país tanto florecieron en la época de la oposición al franquismo, agonizan o languidecen y el Internet se caotiza.

Pero aún quedan otros terrenos en que la dinámica de la concentración avanza con sus consecuencias destructivas para la democracia, así el dominio militar y de la política interior y exterior. Espero que en futura reflexión sobre ellos pueda acompañarme el amigo lector.

Carlos PARÍS

LECCIÓN DE TECNOLOGÍA

Menuda sorpresa se llevó el espía J. B. cuando sorprendió el otro día, entrando en unas oficinas telefónicas, a dos personajes que le recordaron extraordinariamente a Joaquín Almunia y Alfredo Pérez Rubalcaba. La sorpresa no le impidió colarse en el edificio para conocer las intenciones de los ilustres personajes.

Pero fue una desilusión para el espía. Esperaba enterarse de sustanciosas noticias y, en cambio, cuando los supuestos barones socialistas abandonaron el edificio no llevaban otra cosa en sus maletines que una lección de tecnología. Pudo confirmar, o eso dice, que eran efectivamente Almunia y Rubalcaba, y que su misión allí era la de informarse

a fondo de lo que suponía la salida a Bolsa de Terra.

Los telefónicos se lo explicaron todo, pero en sus caras advertía el espía que, a medida que hablaban y ponían sobre la mesa los datos que avalaban la nueva tecnología, los visitantes no terminaban de enterarse. Muy educados, se marcharon finalmente mientras que los técnicos no sabían si habían tenido éxito al exponerles qué es la sociedad de la información y la importancia de la innovación tecnológica. Por eso piensa Juan Bravo que no podían ser ni Almunia ni Rubalcaba; eran sus dobles.

Juan BRAVO

